



De
postre,
tú

CLAUDIA
VELASCO



De
postre,
tú

**CLAUDIA
VELASCO**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 Claudia Velasco

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

De postre, tú, n.º 238 - julio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-456-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Epílogo

*A veces podemos pasarnos años sin vivir
en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se
concentra en un solo instante*

(Oscar Wilde)

1

–La crema bávara, *crème bavaroise* o simplemente la Bavaroise, es uno de los postres más sencillos de hacer. Sin embargo, se puede decir que es uno de los más glamurosos y sexys de mi repertorio. Se cree que es de origen suizo, pero fue incluido en los recetarios de Marie Antoine Carême en el siglo XIX, por eso se le atribuye a él.

–Marie Antoine ¿qué? –susurró una chica a su lado, tomando notas, y Lucía negó con la cabeza, suponiendo que aquel dato era irrelevante.

–Suele hacerse con la gelatina infundada en zumo de fresas, pero también hay variaciones en pera, frutos del bosque, limón, piña, *etc.* No obstante, el original es de fresa y es el que nosotros haremos hoy aquí con una humilde gelatina de fresa del supermercado.

–¿Solo usaremos dos ingredientes?

–Sí, así de sencillo, gelatina y leche evaporada que vamos a batir hasta conseguir que se fusionen y creen una espuma en la superficie. Luego a la nevera, nunca al congelador, y ya está. –El profesor los miró animándolos a ponerse manos a la obra y todo el mundo se movió incómodo—. Sé que la mayoría sois unos novatos, pero hay que lanzarse con optimismo. ¡Vamos!

«Vamos», pensó Lucía, y miró los ingredientes que tenía delante. Desde luego, parecía sencillo, incluso para una inútil en la cocina como ella, pero aun así, pensó una vez más, había sido un tremendo error acudir a esas clases de cocina para superar el día con algo de dignidad.

Sábado 28 de abril, el día de su boda, o de su no boda.

Bajó la cabeza y se concentró en preparar la gelatina, que debía estar caliente y líquida para mezclarla con la leche evaporada, así que no podía perder el tiempo. Sacó los polvitos y, antes de espolvorearlos sobre el agua, probó un poco. Siempre le había gustado comerse los polvos de la gelatina con los dedos, y levantó la vista a tiempo de ver como uno de sus compañeros, que estaba al otro lado de la mesa, la estaba observando con una media sonrisa. Ella sonrió amablemente y él le guiño un ojo antes de imitarla y meter un dedo en su bolsita de gelatina roja.

—Ya veo que tú también eres fan de la gelatina en polvo —le comentó una hora después, mientras abandonaban la clase, y Lucía asintió sin mirarlo a la cara.

—¿Qué tal? Soy Clemente —insistió, saliendo con ella, así que lo miró a los ojos y dio un paso atrás para dejar pasar al resto de sus compañeros, que se estaban organizando para ir a tomar algo después de elaborar con tanto éxito la dichosa Bavaroise—. Buen invento la Bavaroise. ¿Sueles venir a clases de cocina?

—No, no suelo venir. En realidad, no sé cocinar ni un huevo frito, fue idea de una amiga, pero al final ella no apareció y... en fin, me dio vergüenza marcharme. ¿Tú sueles venir?

—Trabajo en hostelería y me invitaron a conocer el taller de cocina.

—Ya. —Se dio cuenta de que no era español, pero pasó de preguntar e hizo amago de marcharse—. Bueno...

—Venía a un curso de sushi, pero falló el profesor y nos metieron en el de postres.

—Vaya, qué lástima. Tengo que irme.

—¿No vienes a tomar algo?

—Estoy un poco resfriada y cansada y...

—Mmm, entiendo —bromeó con una bonita sonrisa y Lucía soltó una carcajada.

—En serio, otro día será. Adiós, Clemente. Me encanta tu nombre.

—Nombre familiar, todos los primogénitos de mi familia se llaman Clemente. ¿Y tú eres...?

—Lucía, Lucía Pedraza.

—Hola, Lucía Pedraza. Clemente Lombardi.

—Italiano.

—Romano. Encantado de conocerte. —Se acercó y le dio dos besos—. Ya nos veremos, Lucía. *Arrivederci*.

Lucía lo siguió con los ojos y contempló como la mayoría de los asistentes al curso de cocina lo esperaban para entrar en una tasca. Estaban en plena Plaza de la Marina Española, era sábado y el sitio era perfecto para acabar (o empezar) la noche, pero a ella le dio mucha pereza mostrarse sociable, se dio la vuelta y echó a andar hacia la calle Bailén.

2

–Doctora, su hermana... –alcanzó a decir Lola, su ayudante, antes de que Cristina entrara como un vendaval en la consulta.

–Hola, guapis. Me duele un montón, así que date prisita, por favor.

–Gracias, Lola. Vamos a empastar, pero, primero, una radiografía. – Observó que Cristina ya estaba sentada en el sillón y se acercó poniéndose las gafas y la mascarilla–. Es increíble que hayas dejado pasar tanto tiempo este desastre, Cris.

–Solo se cayó el empaste, muchacha. No es para tanto.

–Sí es para tanto porque para eso me tienes a mí. Venga, abre la boca.

Se entretuvo en empastar la muela de su hermana, que se pasaba la vida huyendo de los dentistas, y después de solucionar el entuerto, se sacó la mascarilla y se movió con la silla hacia la mesa para actualizar su ficha en el ordenador. Cristina se levantó y se le acercó para darle un beso en la cabeza.

–¿Qué tal tu clase de cocina?

–¿Cómo sabes tú que fui a una clase de cocina?

–Te vio allí Gustavo Contreras, ¿te acuerdas de él? Es un compañero de trabajo de Carlos, lo has tenido que ver en nuestra boda o en casa alguna vez.

–¿Gustavo Contreras? Ni idea, ¿estaba aprendiendo a hacer postres una tarde de sábado?

–Se acaba de divorciar y le ha dado por hacer cursos para *singles*. Te vio, pero no te saludó porque tú ibas muy a tu bola.

–¿Cursos para solteros? No me lo puedo creer, voy a matar a Almudena. – Se puso de pie muy enfadada y se sacó la bata con muy malas pulgas—. Por eso no apareció la muy... La voy a matar, no se va a ir de rositas. ¿Cómo se le ocurre meterme en un curso para *singles*? Esta me la paga.

–Solo intenta sacarte de casa. Pareces un zombi, hermanita, y no puedes seguir pasando los fines de semana con la abuela y mamá viendo pelis alemanas de lo más cutres en la tele.

–Necesito estar tranquila.

–Ha pasado un año...

–¿Me invitas a comer o no?

Cristina cerró la boca, la agarró de la mano y se la llevó a comer a un chino de la calle O'Donnell que les encantaba. Tenía la consulta en Narvéez, justo al lado, y dieron un corto paseíto hablando de lo divino y de lo humano sin mentar, ni de refilón, las circunstancias por las que estaba pasando y que la tenían así de deprimida.

Llevaba de vuelta en Madrid casi un año, después de vivir en los Estados Unidos más de cinco con Bradley, su novio. Un novio al que había conocido a los diecisiete años en Filadelfia, durante su estancia allí para cursar el último año de colegio en un instituto americano. Por aquel entonces Brad ya era universitario. Estudiaba en la Universidad de Pensilvania con una beca de fútbol, tenía un futuro prometedor y ella se había enamorado como una loca de él. Habría muerto a gusto por él, habría cruzado océanos a nado por él si él se lo hubiese pedido. Afortunadamente, no le pidió nada de eso, salvo mudarse a Nueva York cuando acabara la carrera de odontología para vivir juntos y eso hizo. A los veinticuatro años, licenciada y con un *master*, dejó a su familia, a sus amigos, su ciudad, sus gatos y todo lo que le importaba y se fue a vivir con él a Merrick, en Long Island, el pueblo natal de su familia, donde consiguió trabajo de inmediato, donde se hipotecaron hasta las cejas para comprar una casa y donde tardaron, pero acabaron poniendo una fecha de boda: el 28 de abril del año 2018.

Doce años de relación, cinco de convivencia, fecha de boda y una luna de miel reservada que se esfumaron de repente hacía un año, cuando Bradley decidió dejarla de la noche a la mañana y sin demasiadas explicaciones.

–No quiero seguir con esto. No estoy enamorado, ya no te quiero y me voy de casa –le soltó en su restaurante favorito, estrujando una servilleta.

–¿Me has invitado a cenar para romper conmigo? ¿En serio?

–Mejor un sitio público, ya sabemos cómo te pones, Lucía.

–¿Ya sabemos cómo me pongo?

–¿Ves? Lo sabía. No voy a discutir y, como subas el tono de voz, me largo ahora mismo.

–El único que siempre acaba gritando eres tú, Brad.

–Es igual, lo importante aquí es que doy por terminada esta historia y no pienso negociarlo contigo.

–¿Estás de broma?

–No, no es una broma. Tengo treinta y un años y parecemos un matrimonio centenario, con una ordenada y previsible vida que me aburre. Tú solo vives para trabajar, yo también, y no es lo que quiero. No puedo seguir así, así que por mi parte se acabó. Me iré esta misma noche de casa, tengo una maleta preparada. Tú puedes quedarte hasta que encuentres otra cosa.

–Esa casa también es mía.

–Solo el treinta por ciento.

–Increíble... –Respiró hondo y se enderezó en la silla–. Se supone que nos casamos dentro de un año.

–Mis padres ya lo saben y lo han anulado todo. No te preocupes.

–¿Tus padres ya lo saben y lo han anulado todo? ¿Se lo has dicho a ellos antes que a mí? ¿En serio? ¿Has permitido que tu madre intervenga en nuestros planes y cancele mi boda? ¿Has...?

–En la práctica, ellos lo pagaban casi todo, Lucía, así que tenía que informarlos antes que a nadie...

–Vete a la mierda, Brad. –Se puso de pie, muy serena, y le tiró su servilleta a la cara–. Y no te preocupes, yo me largo esta misma noche de tu casa. También me estaba hartando de tus gilipolleces, de las tuyas y de las de tu familia.

Acto seguido salió teatralmente del restaurante, sintiendo de verdad que estaba dentro de una película. Corrió a casa, hizo las maletas sin derramar una sola lágrima, empaquetó sus cosas más importantes, dejó las llaves en la entrada y se fue de allí cerrando la puerta con un sonoro portazo.

Un año después seguía esperando que Bradley apareciera para disculparse o que llamara para saber si seguía con vida, pero nada de eso iba a ocurrir. Al poco tiempo de volver a Madrid, se enteró de que su prometido llevaba tiempo manteniendo una aventura con una chica del trabajo. Una abogada joven de origen guineano que acabaría por matar del disgusto a sus insoportables padres. Unos clasistas y racistas recalcitrantes que nunca habían tolerado del todo a su nuera española-no-judía.

No quería ni imaginar lo que serían esas barbacoas en su casa, con sus amigos del Rotary Club, a los que tendrían que presentar a su nueva nuera afroamericana.

–¡Lulú!

–¿Qué? –Saltó al oír el grito de su hermana y mandó sus recuerdos al garete para prestarle atención–. Perdona, me he distraído un segundo.

–Gustavo te ha mandado esto. –Le pasó una tarjeta de visita y ella la leyó con el ceño fruncido–. Se hizo muy amigo de un compañero de la clase de cocina, salieron de juerga hasta las tantas. Un italiano que le pidió que te entregara su tarjeta.

–¿Qué? No sabía que aún existiera gente que utilizara tarjetas de visita.

–Gustavo le comentó que eras cuñada de un amigo suyo y el italianini le pasó su tarjeta para que te la hiciera llegar. Carlos me la trajo anoche. ¿Es guapo? Porque, si es guapo, lo vas a llamar ahora mismo.

–Guapo, pero no es mi tipo. –Sonrió al leer debajo de Clemente Lombardi, General Manager Società Tiziano, *Bavaroise* escrito con bolígrafo, y movió la cabeza intentando recordar cómo era, porque en realidad apenas se había

fijado en él.

—No todo el mundo puede ser rubio, alto y atlético como tu Capitán América, hermana... que para lo que te valió, tampoco queremos otro parecido.

—No es eso, simplemente no es mi tipo, pero era guapete, muy simpático, como casi todos los italianos que conozco. En Merrick todas las mujeres estaban locas por un contratista genovés que...

—Al grano. ¿Cómo es este Clemente Lombardi de la Società Tiziano?

—Bueno... moreno, ojos claritos, creo, no sé, unos treinta y tantos. Tenía barba y dijo que se dedicaba a la hostelería.

—¿Qué quiere decir con Bavaroise? —Lo señaló con el dedo y Lucía sonrió.

—Es el postre que nos enseñaron a preparar.

3

–Señor Bavaroise, vaya sorpresa.

Dejó el instrumental para que Lola se ocupara, se enderezó y sonrió al oír la voz de Clemente Lombardi al otro lado del teléfono. La llamaba una semana después de hacerle llegar su tarjeta y presentándose como Clemente Bavaroise en la centralita, y aquello le hizo mucha gracia.

–Ya que no me llamas, he tenido que buscar el teléfono de tu clínica.

–No es mía, solo trabajo aquí.

–Es igual, voy a necesitar un dentista en Madrid y Gustavo dice que tú eres muy buena.

–Mejor que cocinando, seguro.

–¿Qué haces?

–Estoy acabando ¿De verdad quieres que te busque una hora? ¿Tienes prisa? ¿Es una emergencia?

–No, solo era una excusa para llamarte.

–Vaya, al menos eres sincero.

–Siempre.

–Me alegra, porque yo también lo soy.

–¿Quieres tomar algo ahora? ¿Cenar?

–Hoy no puedo, me esperan en casa. Pero otro día estaría bien –decidió sobre la marcha–. ¿Qué tal el fin de semana?

–No puedo, me voy de viaje. ¿Mañana?

–¿Mañana jueves? Mmm... vale, me parece bien. ¿Dónde quedamos?

–¿Dónde te recojo?

Casi sufrió, literalmente, un infarto cuando se encontró a Clemente Lombardi esperándola al día siguiente en la recepción de la clínica. Ella no había dado mucha importancia a aquella cita tan precipitada y ni se había arreglado para la ocasión, ni maquillado, ni peinado con algo de esmero. Así que cuando salió y se lo encontró allí con su sonrisa de anuncio y sus ojos claros brillantes, vestido como un figurín italiano y las manos en los bolsillos, estuvo a punto de recular y salir corriendo en dirección contraria.

El día de su clase de cocina no lo había mirado más de medio segundo. Le solía pasar con todos los hombres porque siempre, siempre, desde los diecisiete años, solo había tenido ojos para Bradley Newman, el amor de su vida, que además de ser tremendamente guapo, era un tiarrón enorme que colapsaba a todos los demás. Así pues, cuando vio a Clemente de cerca y se fijó por primera vez en su pelo oscuro, su piel tostada, sus enormes ojos azules, que se le hacían pequeñitos cuando sonreía, y su estupenda, alta y espigada estampa, tragó saliva y se miró a sí misma odiándose por pasar tanto de todo y ser tan poco considerada con los demás.

–Espero que no vayamos a un sitio elegante –soltó dándole dos besos y oliendo de refilón su tenue perfume masculino, y él sonrió–. No voy muy...

–Estás perfecta.

–No, en serio, si es una cena elegante, déjame pasar por casa a cambiarme. Fui al gimnasio, me duché allí y no tuve tiempo ni de secarme el pelo.

–Es un japonés en la calle Jorge Juan, me han hablado muy bien de él.

–Vaya... –Supo exactamente a cuál se refería y se miró los vaqueros y las zapatillas de deporte.

–Si lo prefieres, pasamos del japonés y podemos ir a mi casa, siempre puedo preparar una buena pasta.

–¿En serio? –Él asintió ofreciéndole el brazo–. Me parece perfecto. Gracias.

Al salir cogieron un taxi y en un santiamén estaban en su casa en la calle Segovia. En el trayecto él se mostró muy simpático y agradable, como si no fuera un pequeño engorro anular una reserva y tener que ponerse a cocinar para una mujer que no había tenido el sentido común ni la deferencia de haberse preparado como correspondía para ir a cenar con él.

Lucía se pasó mucho rato sintiéndose culpable, a la par que intentaba organizarse un poco el pelo y alisar la camiseta de batalla que llevaba puesta desde las tres de la tarde. Cuando entraron en su piso, él se sacó la americana y se fue a la cocina a poner el agua a hervir, no aguantó más y lo siguió para pedirle disculpas.

–Clemente, siento este cambio de planes, de verdad que lo siento un montón, pero te juro por Dios que no calculé ni por un segundo que podíamos ir a cenar a un sitio elegante. Soy una negada para estas cosas y me siento fatal. Te invitaría a cenar yo a mi casa, pero vivo con mis padres.

–¿Y dónde pensabas que te iba a invitar a cenar?

–No sé, unas tapas por La Latina, por Chueca...

–Te dije a cenar.

–Y aquí con unas tapas cenamos de maravilla. –Él sonrió y Lucía observó con ojo clínico que tenía unos dientes perfectos.

–¿Qué edad tienes?

–Treinta.

–¿Y aún vives con tus padres? ¿Una dentista reputada?

–De reputada nada. –Agarró un taburete de la cocina americana y se sentó aceptando un vaso de vino–. Volví de los Estados Unidos hace un año, después de vivir allí más de cinco. Tuve que recomponer mi vida de repente y aún no me recupero, pero estoy buscando piso.

–Gustavo me comentó algo de que habías anulado una boda.

–No he hablado jamás con ese tal Gustavo, pero parece que sabe muchas cosas sobre mí. –Sonrió y Clemente se apoyó en la encimera para prestarle atención–. Supongo que mi cuñado Carlos no tiene ningún problema en comentar mis intimidades con sus compañeros de trabajo.

–Yo le pedí que le preguntara un poco sobre ti.

–¿Ah, sí?

–Sí, quería informarme.

–Vale. –Sintió como se sonrojaba hasta las orejas, pero carraspeó y simuló estar de lo más tranquila–. Sí, se anuló una boda, pero no lo hice yo, lo hizo mi flamante prometido, así que me vine con lo puesto de vuelta a casa.

–Tronzo...

–¿Perdona?

–Gilipollas, tu prometido ese es un gilipollas.

–Bueno, el amor es libre. Se enamoró de otra y no había nada que hacer.

–Supongo –asintió, abriendo la nevera para sacar un recipiente de salsa pesto, y luego la miró a los ojos–. Espero que te gusten mis tagliatelle al pesto, porque son mi especialidad.

–Seguro que sí, me gusta mucho la comida italiana.

–¿Has estado en Italia?

–Sí, he estado un par de veces con Brad, con mi ex. Hace diez años nos pasamos un mes entero recorriéndola en tren.

–¿Cuánto llevabas con él?

–En teoría, unos doce años. En la práctica, los primeros siete él estaba allí y yo aquí, así que...

–¿Lo conociste a los diecisiete? ¿Cómo?

–Fui a hacer el COU a Filadelfia. El padre de la familia con la que me quedé era tutor de Bradley en la Universidad de Pensilvania *et voilà*. Un

deportista de élite con poca cabeza para la biología, que iba a clases particulares a nuestra casa. Fue un flechazo.

–¿Qué deporte practicaba?

–Era *quarterback* del equipo de fútbol.

–Toda una estrella. ¿Llegó a profesional?

–No, se lesionó y acabó dejándolo.

–¿A qué se dedica?

–Es abogado. Y tú, ¿a qué te dedicas exactamente?

–A la hostelería. Antes de acabar la secundaria ya trabajaba de camarero, al acabarla me fui a vivir a Ibiza, a Mallorca y a Barcelona para seguir aprendiendo el oficio y, cuando decidí volver a Roma, un amigo y yo abrimos un bar de tapas. Lo demás es historia. Hace un año mis inversores me propusieron abrir un italiano en Madrid y me vine a vivir aquí.

–¿O sea que eres chef?

–No, yo solo gestiono y dirijo el local.

–Y ¿dónde está?

–Ya tenemos dos, uno en la calle Ponzano y otro en la calle San Mateo.

–Muy buenos sitios, iré seguro.

–Eso espero. –Le guiñó un ojo y ella asintió, cada vez más sorprendida de lo guapísimo que era–. ¿Qué edad tienes?

–El próximo veintisiete de septiembre hago treinta y ocho.

–¡No!... ¿En serio? Yo también soy del veintisiete de septiembre.

–Qué casualidad.

–¿Separado, divorciado, exnovia?

–Ni separado, ni divorciado, soltero con varias exnovias. ¿Por qué?

–Porque como el curso de cocina era para *singles*, imaginé...

–¿El curso de postres era para *singles*? No tenía ni idea. Yo fui a uno de

sushi, como te conté esa noche, y como no apareció el profesor, nos ofrecieron el de postres. Ahora entiendo muchas cosas. —Frunció el ceño sirviendo la pasta.

—¿Qué?

—Me volví a casa con siete números de teléfono y varias proposiciones deshonestas.

—Bueno, eso no será muy novedoso para un chico guapo, soltero, al que le gusta la cocina y encima es italiano.

—¿Encima es italiano? Explícame eso.

No tenía ninguna experiencia en ligues, ni en roneos, como decía su amiga Rocío. A su edad era igual que una ama de casa tradicional divorciada a los sesenta, sin ninguna habilidad como *Femme fatale* ni ninguna canita al aire en su currículum. No sabía muy bien lo que estaba ocurriendo, pero sí era capaz de darse cuenta cuando pasaban de ella descaradamente, que era justo lo que Clemente Lombardi estaba haciendo.

Su hermana, sus amigas y hasta su madre decían que no tendría tiempo de llamarla, que era un tipo ocupado, que seguro volvía a aparecer, pero ella tenía la certeza de que no lo haría. El chaval, guapísimo, simpático, atento y educado, le había regalado una cena estupenda y divertida en su casa, se había portado como un caballero con ella, habían estado hasta las tantas hablando de sus cosas, pero a la hora de la verdad la había dejado en un taxi, dicho adiós con la mano y nunca más... Un mes de elocuente silencio.

Abrió el Google y buscó su nombre una vez más. Ya había comprobado que no tenía ninguna red social convencional, así que probó con una búsqueda general y ahí lo encontró en seguida. Clemente Giulio Lomardi, Roma, 1980. Gerente general de Società Tiziano, empresa hostelera con sede en Roma y varios restaurantes repartidos por Italia. Muchas actividades, muchas imágenes... Abrió un montón de fotografías y se quedó hipnotizada observando su espectacular estampa.

–¿Qué haces?! –Cristina entró en su cuarto y ella pegó un bote en la cama–. ¿No has terminado de empaquetar? Tía, si tienes cuatro cosas.

–Solo estaba mirando algo en Internet.

–Al bello Clemente, lo sé, por eso te traigo novedades.

–No estoy... ¿Qué? –Se levantó y agarró la última caja con sus libros.

–Llamé a Gustavo y le pedí que le preguntara por ti.

–¡No! Qué vergüenza.

–La vergüenza te la metes en el bolsillo. El caso es que Clemente, que sigue viendo a la panda del curso de cocina, le dijo que le encantabas, que estabas buenísima, pero que no tenías nada resuelta tu vida sentimental, así que mejor lo dejaba correr.

–No me lo puedo creer.

–Te pasaste media cena hablándole del Capitán América y, conociéndote, no lo pongo en duda, así que el próximo paso lo tienes que dar tú.

–Yo no le hablé...

–Lo haces continuamente. Siempre tienes a Bradley en la boca, así que espabila y llama a ese italiano que está como un tren. Madre mía, si hasta yo...

–Miró las fotos del ordenador y suspiró—. Le da mil vueltas al Capitán América. Si no quieres llamarlo, vamos a comer esta semana a uno de sus restaurantes.

Esa misma noche durmió en su piso nuevo, la primera casa que tenía para ella sola. Era un verdadero milagro haber encontrado ese apartamento al lado de la Puerta de Toledo, cerca de sus padres y del Madrid Río. Tenía el parque para correr, restaurantes, a la familia y el Rastro los domingos.

Un nuevo comienzo que había podido emprender sin problemas gracias al treinta por ciento de la venta de la casa de Merrick que al fin Bradley había tenido la deferencia de transferirle tras cancelar la hipoteca. Un trámite que había hecho a través de un abogado, como si no se conocieran de nada. Circunstancia que le dolió, pero ya no tanto, y que la animó a mudarse de inmediato para empezar de cero de una vez por todas.

Hola, soy Lucía, la de la Bavaroise. –Se paseó por la consulta muy nerviosa y quiso colgar al escuchar un silencio al otro lado del teléfono, pero antes de hacerlo, la voz grave y bonita de Clemente la detuvo y miró al techo agarrándose a la pared.

–*Ciao*, Lucía, qué sorpresa. ¿Cómo estás?

–Bien, ¿y tú?

–Todo perfecto. Lo cierto es que sabía que eras tú porque en mi móvil apareces como Bavaroise.

–Tú en el mío también. –Sonrió y respiró hondo–. Acabo de mudarme de casa y me gustaría devolverte la invitación. No sé si puedes, pero me gustaría invitarte a comer o cenar o...

–Enhorabuena, me alegro de que ya tengas tu casa. Y muchas gracias, iré encantado.

–¿Qué tal este fin de semana?

–Me voy a Roma mañana, pero vuelvo el domingo a mediodía. Podríamos cenar si te viene bien.

–Perfecto. Ahora te mando las señas, está muy cerca de tu casa.

–Gracias por llamar. Te veo el domingo.

–Adiós.

Colgó con las piernas de lana y se apoyó en la pared con ganas de dar saltos por toda la clínica.

5

–Dios mío –masculló despertándose de golpe, e instintivamente se tapó con las sábanas. Estaba desnuda, despeinada y satisfecha, y a su lado Clemente Lombardi dormía a pierna suelta.

Sonrió y salió de la cama con mucho cuidado, se metió al cuarto de baño y se puso a dar saltitos de felicidad. No podía ser, se dijo mirándose en el espejo. No podía, pero había sido y ella, Lucía María Pedraza Martín, acababa de convertirse en una chica muy traviesa.

Abrió la ducha preguntándose si debía despertarlo o era muy temprano y cerró los ojos rememorando la memorable noche que habían pasado juntos. Una noche muy sexy, una locura absoluta que había empezado a los treinta segundos de que él pisara su piso porque, sin saber muy bien por qué, un resorte la había empujado a besarlo en la boca cuando se habían cruzado demasiado cerca al saludarse con dos inocentes besos en las mejillas.

Clemente había llegado con su pelo revuelto, su barba, sus ojazos, su sonrisa, vestido muy informal, con una botella de vino en una mano y unas rosas en la otra, se había inclinado para saludarla, sus narices se habían rozado y ella había reaccionado dándole un beso en los labios. Un beso que él devolvió rápido y que dio inicio de inmediato a un besuqueo en condiciones, como hacía siglos que no mantenía con nadie.

De los besos, sin palabras, habían pasado a las caricias desesperadas. Ella le abrió la camisa vaquera, él subió la mano por debajo de su minivestido de verano y en un pis pas lo tenía encima de la cama quitándole los zapatos y

el cinturón.

Sabía demasiado bien, olía muchísimo mejor y no se lo pensó ni medio segundo. En cuanto el pulso se le aceleró y empezó a morderlo con la boca abierta, lamiéndole la saliva y esos labios tan bonitos, lo agarró por las caderas, lo acomodó entre sus muslos y él la penetró desatando los fuegos artificiales. Un castillo entero de fuegos artificiales que le devolvió el alma al cuerpo y le regaló un orgasmo maravilloso a la par que él se deshacía en la misma locura con un desgarrado gemido contra su pelo.

Pensar en ello la excitó otra vez y respiró hondo. No recordaba haber sentido algo semejante en años y calculó que tenía que ver con la novedad y con la experiencia de su compañero, porque era evidente que Clemente sabía misa en latín y era muy generoso con sus conocimientos. Sonrió ante la ocurrencia y pensó en el segundo polvo de la noche, después de cenar con total naturalidad en la cama tortilla de patatas, ensalada y la Bavaroise de frambuesa que había preparado con sus propias manos.

Lo habían hecho otra vez y otra, ya de madrugada. Tres polvos memorables en una sola noche con un hombre al que había visto tres veces en su vida.

–Lo siento, pero tengo una reunión dentro de una hora. –Se metió en la ducha, le quitó el bote de champú de las manos, la miró y le dio un beso en los labios–. *Buongiorno, signorina.*

–*Buongiorno.* ¿Preparo café?

–No me da tiempo al café. Me lo debes.

–Vale, voy a vestirme.

–*Bella.* –Le dio un pellizco en el trasero y ella salió de la ducha riéndose como una idiota–. Lucía.

–¿Qué?

–*Brava...*

6

–Madre mía, ¡bendito sea Dios! –Cristina se santiguó y miró al cielo moviendo la cabeza–. No voy a misa hace siglos, pero prometo que iré a la ermita del pueblo a poner una vela por este milagro.

–Serás... –Lucía le pegó un empujón, mientras su amiga Candela no paraba de reírse.

–Vivir en los Estados Unidos con el Capitán América te había convertido en una mojigata considerable, Lulú, así que damos gracias a Dios por el señor Clemente Lombardi. Ya era hora de que te agencias un novio.

–No es un novio, solo ha sido una aventura, un...

–Un polvazo, no lo niegues, si pareces otra.

–Vaya por Dios, no sé para qué os cuento nada.

–Ahora despacito por las piedras y a ver qué pasa –opinó Candela–. Sería estupendo como novio, pero no sabemos nada de él.

–No es un novio. ¿No me dijisteis que necesitaba aventura y sexo sin compromiso?

–Por supuesto, pero tú eres una chica de compromisos, así que...

–Doctora, lo siento, solo queda un último paciente y debí pasarlo hace diez minutos –Lola las interrumpió con su acritud habitual y las tres se miraron.

–Gracias, Lola, que pase. Muy bien, pesadas, nos vemos el viernes para cenar.

–Reservaré en el italiano de Ponzano, me apetecen unos ñoquis caseros.

–Fuera... –Las sacó al pasillo y se quedó congelada al ver que era Clemente Lombardi en persona el que entraba a la consulta detrás de Lola. Tragó saliva y él pasó sonriendo junto a Cristina y Candela, que lo miraban con la boca abierta–. ¿Clemente? No sabía que teníamos hora...

–Hola. –Le sonrió y le guiñó un ojo–. Así te llevo a casa.

–Genial. Pasa, siéntate.

Observó su pinta espectacular con vaqueros y una camiseta, y esperó a que se sentara en el sillón, mientras su organismo reaccionaba con un cosquilleo por todo el cuerpo.

–Siempre quise liarme con una dentista guapa –susurró y ella movió la cabeza–. En serio, doctora Pedraza, es una fantasía erótica muy recurrente.

–Madre mía. –Miró a su ayudante de reajo y se acercó poniéndose la mascarilla.

–No te pongas mascarilla. –Estiró la mano y se la bajó hasta la barbilla. Lucía deslizó su silla y se apartó de él poniéndose seria.

–¿Quieres que te vea o no?

–Quiero una revisión. –Miró a Lola con esos ojazos azules tan bonitos y la ayudante se cruzó de brazos frunciendo el ceño.

–Dijo que era una emergencia.

–Por verla a ella –le respondió señalando a Lucía, y la ayudante bufó indignada.

–Lola, ya me ocupo yo. No te preocupes, es amigo mío. Puedes irte, solo le haré una revisión. Gracias.

–Pero doctora...

–Tranquila, estoy segura de que tiene todo bien. Hasta mañana. –Esperó a que se marchara y se volvió hacia él entornando los ojos–. ¿En serio has

pedido hora diciendo que era una emergencia?

–Sí, pero puedes hacerme una revisión. Me pone que una chica guapa se incline sobre mí y me mire con atención mientras su aliento calentito me da en la cara.

–¿Qué clase de mente calenturienta tienes?

–Seguro que la mayoría de tus pacientes fantasean contigo cuando te les acercas tanto con estos ojazos oscuros, esa piel, esa cara y ese cuerpazo. No me creo que nunca, nadie, se te haya insinuado o te haya rozado o...

–No es muy inteligente pasarse un pelo con alguien que lleva instrumental odontológico en la mano.

–En eso llevas razón. Vale, hazme una revisión, me portaré bien.

–¿En serio?

–¿Nunca te liaste con tu ex en la camilla?

–Se llama sillón y no... o sí. –Lo animó a abrir la boca, se puso la mascarilla, lo enfocó con la luz y se concentró en revisar su dentadura perfecta–. Un par de veces, una vez cuando estaba haciendo prácticas y otra cuando hicimos las paces tras una pelea descomunal. Vale. Todo en orden, ¿nos podemos ir?

–Nos vamos donde quieras, pero antes ven aquí. –Apartó la bandeja del instrumental, la agarró de la mano y la acercó para darle un beso–. ¿Si no te llamo yo no llamarás nunca? Han pasado cuatro días.

–Yo llamé para invitarte a mi casa.

–Es verdad, ahora estamos en tablas.

–Me alegro mucho de que hayas venido, ha sido una sorpresa muy agradable. ¿Nos vamos a comer algo? Estoy muerta de hambre.

–Oye, Lucía, ¿no podemos hacerlo aquí mismo? Estoy empalmado desde que te he visto con esta batita tan sexy.

–¡¿Qué?! –Se echó a reír a carcajadas y él la llamó con un dedo desde el sillón–. No, gracias, no me apetece hacerlo en mi puesto de trabajo, me corta el rollo. ¿A ti te apetece hacerlo en tu restaurante?

–Claro. Vamos.

–Increíble. Venga, salgamos de aquí, no quiero que me despidan por propasarme con un paciente. –Se quitó la bata observando como él se estiraba cuan alto era, dejando parte de su tripa a la vista, se acercó para darle un beso y entonces el móvil empezó a vibrar insistentemente. Lo miró y comprobó que era una llamada con prefijo de los Estados Unidos. El corazón le dio un vuelco y respondió saliendo hacia el pasillo–. *Hello*.

–Lulú, soy Rachel.

–¿Rachel? Hola, ¿qué ocurre? –Oír a la hermana de Bradley, que había celebrado con champán su ruptura, le produjo una desazón enorme y se quedó congelada esperándose lo peor.

–¿Puedes hablar o estás trabajando?

–Estoy bien. ¿Qué pasa?

–Mi hermano ha roto con su novia.

–¿Y?

Clemente pasó por su lado y la agarró de la mano para salir juntos a la calle.

–Está fatal y no precisamente por romper con Tonya, sino porque por su culpa te perdió a ti y... en fin, solo quería que lo supieras.

–No es mi problema. ¿Algo más?

–Sí, Paul y yo vamos a Ibiza en julio y me preguntaba si nos podíamos quedar en tu casa de Madrid unos días. Es su primera vez en España y me encantaría que nos sacaras por la noche madrileña.

–No, Rachel, lo siento mucho. Mi casa es diminuta y no puedo recibir a nadie.

–¿Y tus padres?

–¿Mis padres? Mis padres siguen muy cabreados con tu hermano por cómo se portó conmigo, así que no están para recibir visitas. Lo siento mucho. – Colgó indignada y se apartó de Clemente para tomar aire.

–¿Qué pasa? ¿Estás llorando?

–¿Llorando yo? –Notó las lágrimas mojándole la cara y se odió por eso. No quería saber nada de Brad, nada, mucho menos que estaba fatal por ella o por su novia. No era asunto suyo, pero por alguna maldita razón se sintió morir—. No ha sido nada, una tontería. ¿A tu casa o a la mía?

–Así mucho mejor, me moría de calor.

Lucía volvió a la cocina después de encender el aire acondicionado y le dio un beso en la espalda. Él estaba en calzoncillos preparando la comida, y aspiró su aroma con los ojos cerrados antes de ir a la nevera para ver la Bavaroise que había hecho temprano.

–¿Has puesto el aire?

–Sí, odio el mes de junio, cuando las temperaturas suben tan de repente. ¿Sabes qué? La Bavaroise tiene que ser de fresa o de frambuesa, la gracia que tiene es el color, me encanta que sea rosita.

–El amarillo piña también está muy bien. –Clemente miró el postre de reajo y ella asintió–. ¿Ya tienes cerradas las vacaciones?

–Me voy a Vigo del quince al treinta de julio, ¿y tú?

–Si tú te coges esas fechas, yo también, así no me quedo solo en Madrid.

–¿Solo en Madrid? Si tienes más amigos y admiradoras que un futbolista.

–No es verdad.

–Es cierto. Miles de personas de todas las edades, sexos y nacionalidades están continuamente intentando quedar contigo.

–Pero yo solo quiero estar contigo.

–Oh...

Se acercó otra vez y se abrazó fuerte a su espalda. Esa espalda suave, tostada y fuerte que era la más acogedora del mundo, igual que su pecho, todo su cuerpo en realidad. Clemente Lombardi era un hombre cálido y acogedor. Ella se solía disolver literalmente en sus brazos y cada día le costaba más despegarse de él. Ya llevaban viéndose con regularidad un mes, al menos tres veces por semana, y la necesidad física que experimentaba por ese italiano tan guapo la estaba volviendo completamente tarumba.

Cerró los ojos y le besó la columna vertebral. Sabía tan bien, que en seguida sintió el impulso de deslizar la mano con cuidado por sus calzoncillos para acariciarlo con mimo hasta que su preciosa erección se le materializó en la palma de la mano. Él suspiró, se giró, la agarró con su brío habitual, la levantó y la empotró contra la encimera mirándola a los ojos.

–¿No quieres comer, *signorina*?

–Primero a ti y luego sigo con tu risotto. Guapo, es que eres tan guapo...

Le sujetó la cara para mirarlo a los ojos y le besó las pestañas, la nariz, las mejillas, la boca y el cuello muy despacito. Él gruñó y la penetró sin muchas florituras, haciéndola gritar de pura y auténtica felicidad.

–Eres muy juguetona, doctora.

–Es que tú estás muy bueno. –Él sonrió moviendo la cabeza, le dio un beso y la dejó delicadamente en el suelo.

–Vamos, pon la mesa, *bellissima*. Mi madre y mi abuela me matarían si supieran que he dejado secarse el risotto.

–Sería por una buena causa. –Le guiñó un ojo y él asintió—. ¿Tu abuela vive? ¿Cómo se llama?

–Mi *nonna* materna se llama Sofía y vive con mis padres desde siempre. Ella nos crio a mis hermanos y a mí. Mi madre es hija única, así que se volcó con nosotros.

–¿Y tus hermanos se llaman...? ¿Dónde viven?

–Yo soy el mayor, después está Fabrizzio, Sofía y Marco. Todos viven en Roma. ¿Y los tuyos?

–Mi hermano mayor se llama Javier, después está Cristina, a la que viste

de pasada en mi consulta, y yo. Somos tres y mi abuela materna, que se llama Reme, también vive con nosotros desde siempre. Mi madre trabajaba y ella lidió con la casa y con los nietos. Cris y yo vivimos en Madrid y Javier está expatriado con su mujer y sus hijos en Washington.

–¿Por qué nunca habíamos hablado de la familia? –dijo sin mirarla y ella se encogió de hombros.

–No quiero ser pesada, porque normalmente soy muy preguntona, pero no pienso agobiarte.

–No me agobias. ¿Por qué crees que podrías agobiarme? –Sirvió el risotto y le clavó los ojos azules.

–No sé, eres un tío adulto e independiente, nos acabamos de conocer y no pienso inmiscuirme en tus cosas.

–¿Y yo puedo inmiscuirme en las tuyas?

–Si quieres hacerlo, prueba y, cuando me agobie, te aviso.

–Ok. –Se sentó a la mesa y le sirvió un vaso de vino–. Vives a la defensiva, así que, créeme, no pienso inmiscuirme. Solo era una pregunta, pero si tú quieres preguntar, pregúntame lo que sea, no tengo nada que ocultar y quiero que nos conozcamos mejor.

–¿Vivo a la defensiva?

–Es normal después de tu historia americana. No me importa, ya llegarás a confiar en mí.

–Eso suena un poco condescendiente.

–¿Te has enfadado?

–Un poco. Porque si con alguien me he abierto muy rápido y sin ninguna cortapisa ha sido contigo, pero, claro, no me conoces y no puedes valorarlo.

–Lucía...

–Para personas como tú, que son la mayoría de la gente que conozco, esto de conocer a alguien y llevártelo a la cama a los diez minutos es normal, es lo adulto y natural. Pero en mi caso es insólito y, de hecho, me siento muy osada por haberme lanzado contigo después de verte treinta segundos a la salida de

una clase de cocina, así que imagina lo que pienso si me dices que vivo a la defensiva y que ya llegaré a confiar en ti. Yo ya confío en ti. Disculpa. –Se fue al cuarto de baño y se encerró para lavarse la cara y evitar ponerse a llorar.

–*Amore*. –Entró sin llamar y le acarició la espalda–. Lo siento, escucha...

–Estoy bien, estoy bien. Vamos a comer antes de que se seque el risotto.

–Un segundo, mírame. –Le sujetó la cara y le besó la nariz–. *Penso di non poter più vivere senza di te*[\[1\]](#).

–¿Qué?

–Nada, a ver si aprendes italiano y lo traduces tú solita.

–Vale. –Se recompuso y le sonrió–. Lo siento, soy muy llorona. No te preocupes.

–Aún no te conozco bien, pero estoy dispuesto a seguir descubriéndote.

–Lo mismo digo. –Le dio un beso y volvió el salón–. Después de comer podríamos salir y hacer algo, siempre que nos vemos nos encerramos en el dormitorio.

–¿Qué te apetece hacer?

–No sé, un cine o a pasear. Si tuviéramos un coche podríamos salir fuera de Madrid.

–Tengo coche. ¿Dónde quieres ir? ¿Salamanca?

–¿En serio?

–Claro. Un amigo tiene un hotel precioso en Salamanca, te encantará.

[\[1\]](#) Creo que ya no puedo vivir sin ti.

8

–Me cuesta creer que sea verdad, es como un sueño y me temo que en cualquier momento se esfumará igual que apareció.

–¿Tú estás loca? –Cristina frunció el ceño–. No pienses tonterías y disfruta del momento.

–Es demasiado guapo, demasiado adorable, demasiado perfecto. ¿Habías conocido a un hombre semejante que estuviera soltero?

–¿Crees que tiene algo en otra parte?

–Su última relación fue hace más de un año, eso dice, y que llevaba un montón de tiempo sin salir con nadie porque estaba bastante quemado con las mujeres.

–Vale, y no tenemos motivos para dudar de su palabra. Ya llevas dos meses con él y todo va rodado.

–A veces me despierto, lo miro ahí al lado y no me lo puedo creer. Podría estar horas mirándolo, es tan... –Rememoró su cara perfecta, su cuerpo rotundo y varonil, su sonrisa y sintió como el calor le subía por las piernas–. Demasiado bueno para ser cierto.

–Seguro que él piensa lo mismo de ti.

–Haces bien manteniendo los pies en la tierra –opinó Candela y Cristina la fulminó con la mirada–. Por lo que a nosotras respecta, Cris, es un perfecto desconocido y ella dice que no son novios ni nada serio, así que mejor que

mantenga las distancias.

–No ayudas nada, Candela.

–Perdona si ya no me fío de nadie y quiero proteger a mi amiga, porque ella tiene razón, un ejemplar semejante... En fin, cruzaremos los dedos para que un buen día no aparezcan su mujer y sus cuatro hijos en Madrid.

–¿Para qué hemos quedado con ella? –Cristina bufó mirando los ojos desconcertados de su hermana.

–*Ciao, amore.*

Clemente apareció de repente y Lucía se puso de pie de un salto. Estaban en la barra de uno de sus restaurantes esperando a su cuñado para cenar, y le sonrió antes de presentarle a las chicas.

–Mi hermana Cris y mi amiga Candela.

–Encantado.

–Ya era hora.

–Eso digo yo. ¿Pasamos a la mesa?

–Sí, sí. Mirad, ahí viene Carlos.

–¿Qué nos recomiendas para cenar? –preguntó Carlos en cuanto se sentaron a la mesa, y Clemente movió la cabeza.

–Había pensado en un menú degustación.

–Estupendo –Lucía asintió viendo cómo hablaba en italiano con el maître y luego miró a su hermana, que los observaba con ojitos brillantes.

–Seguro que os gusta, tenemos un chef espectacular. –Se sentó a su lado y le cogió la mano. Ella se lo quiso comer a besos, pero se contuvo y se limitó a sonreír, completamente embobada por su aspecto, por sus ojos, por su acento, por...

–Nos ha contado Lulú que cumplís años el mismo día.

–¿Lulú? Qué bonito. Sí, y me gustaría que el próximo veintisiete de septiembre se viniera conmigo a Italia a celebrarlo.

–¿En serio?

–Todavía te quedarán días de vacaciones después de Galicia, ¿no? A mí también, y me suelen organizar una gran fiesta de cumpleaños en Roma. Luego tú y yo podemos hacer algo de turismo y... ¿No te apetece?

–Claro que me apetece, pero tengo que mirar mi agenda... –El sonido del móvil la hizo saltar, lo agarró para apagarlo y vio un número de Nueva York, sin nombre de contacto, pero supo de inmediato quién era porque el teléfono solo variaba un dígito del que ella había tenido durante cinco años. Quiso colgar, pero fue incapaz. Miró a sus amigos y se puso de pie—. Lo siento, tengo que contestar. Hola.

–Hola, preciosidad.

–¿Qué pasa, Bradley?

–Me acabo de encontrar con Javier y Ana en Manhattan, en el Ulysses, y tu cuñada me ha soltado que tienes novio.

–¿Me llamas para eso?

–¿Ya tienes novio?

–Tú tenías novia antes siguiera de romper conmigo, así que, ¿de qué vas?

–Ok, ok. –Oyó cómo respiraba hondo y salió a la calle, donde el calor de principios de julio le dio de lleno—. Lo siento, solo quiero hablar contigo. Necesito verte.

–¿Después de quince meses necesitas verme?

–Estoy yendo a terapia, tengo un piso en Brooklyn que te encantará, podemos vernos aquí si quieres, yo invito. Solo dame una oportunidad para explicarme, cielo, me lo debes.

–¿Te lo debo? Yo no te debo nada.

–Nos lo debemos los dos, por los doce años que estuvimos juntos.

–Haberlo pensado antes de serme infiel, anular nuestra boda y dejarme tirada como a un zapato.

–Tú y yo sabemos lo que hemos tenido, lo que hemos vivido, y nos

merecemos al menos una última conversación.

–Habla, no tengo que ir a Nueva York para hablar contigo.

–Quiero verte.

–Lláname mañana por Skype.

–No te hagas la dura conmigo, Lucía. No sé quién es el capullo con el que te acuestas, si es verdad o no que tienes novio. No sé nada salvo que tú me quieres, que hemos estado muy enamorados, locos el uno por el otro, y que solo necesito una oportunidad para arreglar lo nuestro.

–No hay nada que arreglar.

–¿Estás completamente segura?

–Sí, y mejor no vuelvas a llamar. –Colgó y apagó el teléfono con el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho, se giró para volver al restaurante y se encontró con Clemente observándola con mucha atención–. Era mi ex.

–¿Debo preocuparme?

–¿Tú? ¿Por qué?

–Porque me importas y, si lo que tenemos se va a ir al traste, prefiero estar preparado.

–No sé qué responder a eso, pero, desde luego, lo que tú y yo tengamos o dejemos de tener, no tiene nada que ver con Bradley.

Viernes 3 de agosto

Dejar Galicia y volver a un Madrid sofocante le provocó jaqueca y un poco de depresión. Llevaba fatal el calor seco de su ciudad y por un momento, durante la noche, había llegado a añorar el sopor húmedo de Nueva York. Algo que estando allí odiaba con todas sus fuerzas.

Entró en la clínica y mandó un mensaje a Clemente jurándole que se verían el fin de semana. Él ya llevaba tres días de vuelta en Madrid, echándola mucho de menos, decía, y ella se moría por verlo, pero no tenía el cuerpo ni el ánimo para muchos trotes.

Saludó a los pacientes que ya esperaban en la recepción y a Lola, indicándole que pusiera el aire acondicionado a tope, aunque fueran las diez de la mañana. Ella, como siempre, intentó rebatir su orden, pero esa vez Lucía no cedió y se lo pidió con más autoridad. Era increíble cómo esa mujer la toreaba continuamente, algo que sus compañeros achacaban a que era una de las empleadas más antiguas de la clínica, que casi le doblaba la edad y que tenía un lío con el doctor Gutiérrez, el dueño de todo aquello.

No quiso dar más vueltas al tema y decidió que empezaría a ser más tajante y más profesional, en lugar de ser tan blanda y tan amistosa con todo el mundo, especialmente con sus ayudantes. Se puso la bata, encendió el ordenador y llamó al primer paciente pensando en Brad, que le había dado las vacaciones llamándola continuamente para dejar mensajes de amor que ella no respondía nunca.

Era un pesado y un cabezota. Bradley Newman nunca había perdido un partido, una apuesta o una mujer, decía de sí mismo el muy arrogante, y se estaba empleando a fondo en reconquistarla con una ofensiva constante y firme, como las que organizaba cuando era *quarterback* del equipo de fútbol de la Universidad de Pensilvania. Eso le dijo en un mensaje de voz y ella a punto había estado de tirar el teléfono al mar.

Cuando se habían conocido había sido igual de insistente. Después, cuando la convenció para irse con él a Nueva York, y al final, cuando empezó a perseguirla con un anillo para que aceptara casarse con él. No sabía lo que era un no, lo había conseguido todo en la vida, decían con orgullo sus padres, y él se definía como un “ganador de pura cepa”.

Lástima que el “ganador” fuera incapaz de comprender que los demás no podían estar siempre disponibles para él, cuando a él le viniera bien, mucho menos si se había portado como un cerdo egoísta y sin corazón con la que había sido su novia durante más de una década.

Pensar en Brad la enfurecía, pero debía ser sincera y la verdad era que la halagaba muchísimo tenerlo otra vez postrado a sus pies. Era un placer hacerlo sufrir un poco, machacarlo con el silencio, que era lo peor que le podía pasar, y sonrió imaginándose impotente y desesperado en Brooklyn, sin ningún control sobre ella, maldiciendo en arameo y sintiéndose rechazado.

Miró el móvil de reojo y comprobó que Clemente había respondido a su mensaje. El Bello Clemente, como lo llamaba su hermana, que era la otra cara de la moneda. Un tipo maduro, seguro, sereno, estable y nada asfixiante. Un adulto.

Le encantaba Clemente. En las vacaciones habían hablado mucho por teléfono, incluso por Skype. Era tan varonil, tan sexy, que habían tenido sexo telefónico un par de veces, una novedad total para ella. Un juego muy divertido que los había unido un poco más dentro de ese círculo de complicidad que habían creado sin apenas darse cuenta.

–Ya hemos acabado, doctora, y de momento no hay ninguna urgencia, así que esta tarde la tiene libre.

–Gracias, Lola. Si hay alguna urgencia hay que avisar a Sandra. Ella se queda de retén todo el fin de semana.

–No me han dicho nada.

–Lo decidieron en la reunión del diecisiete de julio. Nosotras no estábamos aquí, pero hay un memorándum y un calendario de guardias hasta el quince de septiembre.

–Vaya, voy a llamar al doctor Gutiérrez.

Lucía asintió, apagó el ordenador y llamó a su hermana para confirmar que iba a su casa a comer y a la piscina. Cristina vivía en Las Rozas y su urbanización tenía una piscina estupenda, así que esperaba sortear la tarde en el agua sin hacer nada más. Lástima que para llegar hasta allí la esperara un largo trayecto en transporte público.

Se cambió, cerró su consulta, salió al pasillo leyendo el mensaje de Clemente y le respondió quedando con él a cenar al día siguiente. Podía recogerlo en el restaurante y tomar algo en el centro antes de ir a casa. Le apetecía mucho verlo y le mandó un montón de corazoncitos de colores. Entonces notó que había mucho silencio a su alrededor.

–Doctora.

–¿Qué?

–Alguien la espera fuera.

–¿A mí?

Levantó los ojos y enfocó la vista hacia la cristalera que daba a la calle Narváez. Avanzó un paso y entonces lo vio: Bradley Newman en persona, esperándola con un enorme ramo de rosas blancas.

–*Pumpkin*[\[2\]](#) –susurró regalándole una de sus sonrisas de anuncio, y ella se le acercó muy seria.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Si Mahoma no va a la montaña...

–La madre que te parió. –Se cruzó de brazos y él dio un paso para tocarla, pero lo esquivó de inmediato.

–*My sweet pumpkin*[\[3\]](#).

–Deja de llamarme así.

–Siempre te he llamado así.

–Pues ya no, y guárdate esas flores porque no las quiero.

–Mírame, cariño, solo mírame. Estás tan guapa, cielo... –Ella lo miró y se quedó medio segundo atrapada en esos ojazos dorados tan insólitos que tenía. Sin embargo, apartó la vista y dejó de observar lo alto, fuerte y guapísimo que era. Hacía mucho tiempo que no le veía y no pudo evitar sentir un golpe de energía por todo el cuerpo—. No puedes ni mirarme a la cara. Sé que me echas mucho de menos, *pumpkin*, dejémonos de gilipolleces y dame un beso.

–¿Qué coño quieres de mí Brad? En serio, ¿has pensado qué quieres de mí? ¿Te sientes solo porque tu novia te ha dejado? ¿Te da pereza buscarte a una nueva y vienes a molestarme a mí? Ya te he dicho que no quiero saber nada de ti.

–Ella no me dejó, rompí yo porque me di cuenta de que seguía enamorado de ti.

–Un poco tarde, Brad.

–Nunca es tarde para nosotros. Somos Lucía y Bradley, lo seremos siempre y solo vengo a rogar de rodillas tu perdón, que me des una oportunidad, una sola, y consagraré el resto de mi vida a compensar el daño que te hice. Te haré feliz, Lulú, tú lo sabes.

–¿Tú te oyes cuando hablas?

–Cásate conmigo, ahora mismo, aquí en Madrid. Nada de ceremonias, ni fiestas, ni listas de boda, ni cenas de ensayo, ni vajillas, nada de esas chorradas que nos acabaron distanciando. Cásate conmigo, volvamos a Brooklyn y tengamos un bebé. ¿No es eso lo que querías? ¿Un montón de Bradleys correteando por nuestro salón?

–¿Qué? –Lo observó un poco sorprendida de haber estado enamorada de un tío tan infantil y negó con la cabeza—. No. Y ahora, si no te importa, debo irme.

–Pediré perdón a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos, me arrastraré por el suelo hasta que me des una oportunidad.

–No, he dicho que no... ¡¿Qué haces?! –Dio un paso atrás al ver que se arrodillaba en plena calle con los brazos en cruz, y miró a su alrededor muerta de vergüenza–. ¡Levántate! ¿Estás loco?

–Por ti, estoy volviéndome loco por tu culpa y no me levantaré hasta que quieras hablar conmigo.

–¡No!

–Ok, pues aquí me quedo.

–Ya es suficiente, me estás avergonzando. –Lo agarró de un brazo y lo puso de pie–. Esto no es Nueva York, nos están mirando y este es mi lugar de trabajo.

–Muy bien. –La agarró y la estrechó fuerte contra su pecho. Lucía cedió y devolvió el abrazo sintiendo reaccionar hasta la última célula de su cuerpo. Era altísimo y muy fuerte, y muy a su pesar se perdió en ese calor familiar y seguro cerrando los ojos.

–Por favor, Brad, en serio, no me hagas esto. –Se apartó y se limpió las lágrimas que de repente no la dejaban ni respirar–. No me hagas esto.

–Vente conmigo y hablemos. Solo te pido hablar.

–No.

–Solo hablar. Palabra de Boy Scout.

[2] Calabaza.

[3] Mi dulce calabaza.

10

La química, eso te unía o no a otra persona. Podías conocer gente atractiva, guapa, agradable, conveniente, podías dar con la persona perfecta, pero si no había química no había nada que hacer.

¿Por qué una soltera o un soltero perenne, que habían sorteado el compromiso toda su vida, de repente conocían a alguien y se volvían locos de amor? ¿Por qué? Por la química. ¿Por qué una persona triunfadora, con el mundo a sus pies, con mil oportunidades, se enamora de este y no de otro ser humano teniendo mil opciones a su alrededor? Por la química.

Clemente creía firmemente en la química, porque la había experimentado en carne propia y sabía, fehacientemente, que lo que lo unía a Lucía Pedraza era eso: una química demoledora. Una capaz de poner su mundo del revés nada más verla en aquel curso de cocina, con sus ojazos enormes, su belleza serena y natural, su aire ausente, como de estar muy lejos de allí, aunque cumpliera con el protocolo y se esmerara en aprender y hacer lo correcto.

Lucía era una chica preciosa, por supuesto, eso era innegable, pero ese no había sido el detonante que lo había empujado a hablarle e intentar conectar con ella, no. Lo que lo había lanzado directo hacia ella había sido esa energía descomunal que emanaba y que lo atraía igual que un imán. En cuanto la vio ya no pudo dejar de mirarla y, en cuanto la tocó, supo que jamás su vida volvería a ser igual.

Respiró hondo y deslizó la butaca para poner los pies encima del escritorio. Era domingo, su día libre, pero estaba en el restaurante trabajando

e intentando mantenerse cuerdo, contenido, controlado, porque lo que de verdad le apetecía era salir corriendo, ir a buscarla, agarrarla de una mano, llevársela lejos y no soltarla nunca más.

Pocas veces, por no decir ninguna, había sentido tanto por alguien. Estaba completamente enamorado de esa mujer. Sin embargo, no se lo podía decir porque no quería parecer un idiota desesperado. A poco más de un mes de cumplir los treinta y ocho, no podía andar espantando a la gente, mucho menos a la mujer que amaba. Él era un tipo adulto, con experiencia y mucha mano izquierda, nunca había rogado amor y mucho menos forzado una relación, y no iba a empezar a hacerlo con Lucía, que le importaba demasiado como para perderla.

Lástima que ya la hubiera perdido, se recordó, sintiendo otra vez un dolor punzante en el centro del pecho. Se incorporó, respiró hondo, estiró la mano y encendió un cigarrillo.

Ya habían pasado dos días desde que la había visto en la puerta de su trabajo charlando con su novio, el tal Bradley Newman, que parecía un modelo de la revista *Men's Health* con sus casi dos metros de estatura y la envergadura física de un deportista de élite, la de un *quarterback* de fútbol americano, como ella le había contado. Uno como Tom Brady, el famoso *quarterback* de los New England Patriots. De hecho, se parecían un montón, eran un calco y sabía que no volvería a mirar a Tom Brady sin ver en él al dichoso Bradley Newman.

Por desgracia, o por fortuna, había tenido la genial idea de recogerla en el trabajo para llevarla en coche a casa de su hermana. Sabía que llevaba mal el calor, que no se sentía muy bien, y al quejarse de que le quedaba al menos una hora de viaje hasta Las Rozas, había decidido pasar a buscarla, verla, darle un beso y facilitarle las cosas. Sin embargo, antes de cruzar la calle frente a su clínica, fue testigo de la romántica escena que ella y su ex, o su no ex, estaban protagonizando en la acera.

El *quarterback* de rodillas frente a ella con los brazos en cruz, hablándole sin parar mientras Lucía, con los ojos llenos de lágrimas, lo escuchaba muy atenta. Lo siguiente había sido un abrazo de película, antes de coger juntos un taxi y perderse por la calle O'Donnell camino de no se sabía dónde.

Seguramente camino de su casa para reconciliarse del todo y disfrutar allí del resto del fin de semana.

Él no había atinado ni a mover una pestaña observando la situación y, cuando quiso reaccionar, ya estaban muy lejos. Nunca sabría lo que habría pasado si llega a cruzar la calle para enfrentarse a ese tipo tan pulcro y tan yanqui al que le hubiese encantado poner en su sitio. Nunca lo sabría, pero estaba claro que tampoco tenía ningún derecho a intervenir en una pareja estable, que habían estado doce años juntos y que, evidentemente, porque era evidente, seguían compartiendo algo más que un simple recuerdo.

Entre esos dos había química, una que emanaba por todas partes, y le doliera o no reconocerlo, era mejor haberlo visto con sus propios ojos antes de seguir ilusionándose y enamorándose de Lucía, que no había sido más que un espejismo precioso y cálido que no pensaba olvidar, pero del que debía pasar de largo antes de acabar escaldado.

Ni siquiera había tenido la deferencia de contarle que estaba con él, que Bradley estaba en España y que se habían reconciliado, ni siquiera eso. Simplemente, había anulado su cena del sábado por WhatsApp, sin explicaciones y prometiendo llamarlo el lunes.

Un poco tarde.

Volvió al escritorio y se sentó frente al ordenador para decirle a Marcello, su socio, que no se preocupara, que él iba a la reunión con la gente de Barcelona. Le vendrían bien unos días en la Ciudad Condal, donde tenía muchos amigos y donde podría distanciarse de sus cuitas sentimentales.

En un principio había anulado cualquier viaje hasta septiembre, porque pensaba recuperar el tiempo perdido con Lucía tras dos semanas de vacaciones cada uno por su lado. Pero, dadas las circunstancias, ya nada lo retenía en Madrid, y Barcelona era una buena opción. Luego podría viajar desde allí a Milán también por trabajo y empalmarlo con Roma para celebrar su cumpleaños. Seguro que poner tierra de por medio lo curaba todo.

–Clemente... –Carla, una de las camareras, se asomó al despacho y él la miró con cara de pregunta–. Te han llamado al fijo del bar. No supe cómo pasar la llamada aquí, así que les di tu móvil, espero que no te importe.

–Bueno, si han llamado al restaurante seguro que es por trabajo. No importa, pero pídele a alguien que te enseñe a usar la centralita.

–Claro. ¿Te vienes a mi cumple mañana?

–No puedo, lo siento.

–Joooo. –Ella hizo un puchero y a él el gesto le molestó un montón. Odiaba que las mujeres se hicieran las niñitas traviesas para tirarle los tejos y se puso serio de golpe–. Acabas de arruinarme la celebración.

–No sé por qué. Si me disculpas...

–¿Es verdad que tienes novia? Noelia me dijo...

–Perdona, pero ese es un tema muy personal.

–Y mi interés es muy personal, lo sabes. Llevo diez meses detrás de ti, intentando...

–Vale, suficiente. –Se puso de pie viendo vibrar el móvil sobre la mesa y lo agarró mientras levantaba una mano hacia ella–. Estás a un tris de perder tu empleo, así que mejor lo dejamos, ¿ok?

–Solo soy sincera.

–El lugar de trabajo se respeta, así que, por favor... –La observó salir contoneándose con ese uniforme dos tallas menos que la suya, tomó nota mental de comentarlo con el maître para corregirlo y contestó al móvil ladrando–. *Pronto!*

–¿Clemente? Disculpa, soy Cristina Pedraza, la hermana de Lucía.

–Cristina, hola, ¿cómo estás? –Se sentó y se atusó el pelo bastante sorprendido.

–Perdona que te llame en domingo, Lulú me dijo que solías librar, pero es que necesitaba hablar contigo. Me dieron tu móvil en el restaurante.

–Tú dirás en qué te puedo ayudar.

–Se trata de mi hermana. El impresentable de su ex ha aparecido en Madrid y...

–Lo sé, los vi involuntariamente el viernes.

–¿En serio? No me dijo nada.

–Ellos no me vieron a mí, no me acerqué a saludarlos.

–Vaya... Pues yo te llamaba para que me ayudaras e intervinieras en...

–¿Intervenir en qué?

–Sé que ese capullo es capaz de darle la vuelta como a un calcetín y camelársela como a él le dé la gana, pero ella ahora te tiene a ti y si tú...

–A ver... –Se restregó la cara y respiró hondo–. Lucía ni siquiera me ha dicho que estaba con él, los vi por casualidad y ella me mandó un mensaje doce horas después para anular una cena conmigo, sin explicaciones. Por lo que a mí respecta, no sé nada, tampoco quiero saberlo, y eso de que me tiene a mí es bastante relativo. Siento decírtelo, Cristina, pero tu hermana repite continuamente que no es mi novia y, aunque lo fuera, no puedo meterme en sus decisiones o intervenir para apartarla de personas con las que quiere estar.

–Ese tipo es un manipulador. Fue su primer novio, su primer amor, sabe tocar las teclas...

–Bueno, tal vez es justamente lo que Lucía necesita. Ella lo quiere y ha pasado doce años de su vida con él, tiene derecho a darle otra oportunidad.

–No es amor, es inercia.

–Lo siento, pero yo no pinto nada ahí.

–Más siento yo oír eso. Mi hermana es otra desde que te conoció, está feliz, ilusionada, y se os ve tan bien juntos que pensé...

–Yo también pensé muchas cosas, pero está visto que en realidad nunca tuve una posibilidad concreta con ella.

–Sé dónde están, se han ido a la sierra y...

–No voy a perseguir a tu hermana para intervenir en su vida, Cristina, lo siento mucho. Yo no tengo derecho, ni opinión, ni interés en inmiscuirme en sus decisiones.

–Pensarás que soy una entrometida y una controladora, pero se trata de mi hermana pequeña, estoy preocupada y solo quiero verla feliz.

–Lo comprendo perfectamente, pero, insisto, yo no pinto nada ahí. Lo siento.

–Vale, muchas gracias y perdona las molestias.

–Ninguna molestia, adiós.

Colgó muy cabreado, agarró el teléfono fijo del escritorio y lo estampó contra la pared.

11

Vertió la gelatina caliente sobre la leche evaporada y puso en marcha la batidora a máxima velocidad. La Bavaroise no tenía ningún secreto, era muy simple, salvo por el hecho de que había que batirla bien, con paciencia, para que los dos ingredientes se mezclaran perfectamente y generaran esa espumita que luego quedaba preciosa en la superficie del recipiente donde lo pensabas servir.

Se afanó en que el milagro se produjera, sacó el bol transparente que había comprado en una tienda carísima y volcó la mezcla con mucho cuidado. Lo miró atenta, le dio el visto bueno y lo metió en la nevera. En la nevera, no en el congelador, como había insistido el profesor de cocina, y como había hecho su madre para el cumpleaños de su abuela estropeándolo del todo.

Miró orgullosa el resultado antes de cerrar la puerta de la nevera y luego se apoyó en la encimera, limpiándose las lágrimas con papel de cocina.

En lo que le restara de vida volvería a hacer una Bavaroise, esa sería la última vez porque era para él, para Clemente, pero después de ese día, no pensaba volver a tocar los trastos de cocina. Total, para la mala suerte que le habían traído, no hacía falta que volviera a intentar jugar a las casitas.

Regresó al salón y se desplomó debajo del aire acondicionado. Estaban a quince de agosto, festivo en Madrid, no tenía que trabajar y estaba decidida a zanzar ese día lo que tenía pendiente con Clemente Lombardi, el Bello Clemente, que se había esfumado como por ensalmo el mismo día que Brad había aparecido en Madrid con sus flores y sus ruegos.

Recordar ese fin de semana con Bradley era como recordar una película.

Después del acoso y derribo a las puertas de la clínica, se habían ido juntos a su hotel. No había querido llevarlo a su casa, así que había accedido a acompañarlo al Palace, donde se pasaron toda la tarde recriminándose todo lo que se habían hecho el uno al otro, a gritos, en voz baja, llorando o tirando cosas, sobre todo por parte de él, que siempre que se enfadaba montaba unos ciscos considerables.

El escándalo empezó a ser mayúsculo, los llamaron de recepción para pedirles un poco de decoro y entonces decidieron salir de allí y subir a la sierra, a la casa de sus abuelos paternos, que estaba vacía y que sería el lugar perfecto para pelearse sin testigos. Y eso hicieron.

En La Navata continuaron la discusión hasta las tantas, hasta que no pudieron más y se durmieron de puro agotamiento sobre la alfombra del salón. Ella decidida a no volver con él y él suplicando una última oportunidad.

–Te amo, eres la única mujer a la que he amado de verdad, Lulú, no puedes darme la espalda.

–Brad... –Cansadísima ya, lo miró a los ojos, se acercó, le acarició la mejilla y le sonrió–. Te he querido más que a mi vida, creo que te lo he demostrado de todas las formas posibles, pero ya no puedo más. No quiero seguir discutiendo, no voy a volver contigo. Hace más de un año que ese tren pasó y, en serio, no creo que todo esto sea solo culpa tuya, creo que hemos llegado a este punto por culpa de los dos. Los dos descarrilamos, los dos estábamos viviendo una inercia absurda, pudiendo ser felices de otra manera.

–Lo arreglaré, te compensaré, casémonos, tengamos un bebé...

–No, cariño, ya no quiero casarme ni tener bebés. Solo quiero vivir aquí tranquila, con mi familia y amigos cerca, sin dramas, planes ni proyectos de ningún tipo. Te agradezco mucho que hayas venido a buscarme, pero no voy a volver contigo a Nueva York.

–¿Es por el otro tío?

–No se trata de eso.

–No me mientas.

–No te miento, ¿no ves que ya no tengo energía ni para mentirte?

–Yo te amo...

–Yo también te quiero, pero no...

Antes de poder terminar la frase, él la agarró por el cuello y le plantó un beso con la boca abierta, sin dejarle respirar, y ella lo devolvió de forma involuntaria, saboreando a ese chico que había invadido y cambiado su vida cuando no era más que una cría, cuando juntos habían soñado con ganar mucho dinero, con casas, viajes, bodas e hijos, cuando parecía que no existía nadie en el mundo más que él, cuando se había convertido en su universo absoluto. Sin embargo, de repente, una luz le estalló en la cabeza, le paralizó el pulso y lo vio todo claro: ya no sentía nada por Bradley Newman y solo quería ver a Clemente.

–Brad. –Se apartó y le puso las dos manos en el pecho–. Tienes razón, no puedo volver contigo por él, por...

–¿Qué?! Me voy a cargar a ese cabrón... ¿¿Dónde coño está?! ¿En tu casa?

–No, no sé dónde está ahora mismo, pero eso no importa.

–¿Estás enamorada de él?

–Sí.

Aquellas habían sido las palabras mágicas. De pronto, Bradley Newman reculó, se sentó en un sofá y no volvió a abrir la boca.

El domingo por la noche volvieron sin hablar a Madrid, lo acompañó al hotel, recogieron sus cosas y lo llevó directo al aeropuerto, donde él quiso esperar el siguiente vuelo a Nueva York. No volvió a mirarla a la cara, ni a intentar tocarla, no quiso preguntar nada más y, cuando en el control de pasaportes ella le acarició el brazo a modo de despedida, él se limitó a inclinarse para besarle la cabeza.

Fue doloroso, pero al menos habían acabado doce años de noviazgo con un final apoteósico, dejando las cosas claras y diciéndose todo lo que se necesitaban decir. Al fin y al cabo, se habían querido muchísimo, habían formado un gran equipo y ninguno de los dos pretendía hacerse más daño.

Con ese alivio inmenso que daba poner en orden tu vida, cerrar puertas sin ningún rencor y con la certeza de que estaba enamorada de Clemente, lo había llamado varias veces, pero él tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura y no devolvió ninguna de sus llamadas. Ni ese domingo, ni el lunes, ni el martes, nunca más le cogió el teléfono, aunque sí le había enviado un mensaje de WhatsApp donde le explicaba de forma escueta que estaba de viaje por trabajo y que no tenía previsto volver a España hasta octubre.

Su cambio de actitud la había partido en dos, la había dejado completamente fuera de juego, pero entendió que debía dejarle espacio. Al fin y al cabo, no tenían ningún compromiso, ninguna relación estable, e hizo lo que hacía siempre: lo aparcó en un rincón de su mente y se echó las penas a la espalda sin entender nada, pero con resignación, hasta que su hermana volvió de sus vacaciones y le contó su charla telefónica con él.

–No sé cómo ni cuándo, pero os vio y parece que dio por hecho que te habías reconciliado con el Capitán América.

–Si nos vio en la puerta de la clínica, no me extraña nada que se llevara una impresión equivocada.

–Encima no le contaste que estabas con Bradley.

–Porque no lo quería meter en mis problemas. Madre mía, tengo que hablar con él, en cuanto vuelva a Madrid voy a ir a verlo, aunque no quiera saber nada de mí. Al menos, le debo una explicación.

–¿A qué estás esperando?

–A que vuelva, me dijo que no venía a España hasta octubre.

–Anoche estaba en el restaurante de la calle San Mateo, lo vimos Carlos y yo, pero no quise...

–¿Estás segura?

–Absolutamente, es imposible no fijarse en él.

Miró la hora y se puso de pie para darse una ducha, vestirse e ir a verlo. Era festivo y en el restaurante de San Mateo le habían dicho que el señor Lombardi sí estaba trabajando, pero en la calle Ponzano, así que iría a buscarlo personalmente para darle una última explicación antes de despedirse

para siempre, si era eso lo que él quería, como personas civilizadas.

–Hola, buenas noches. Busco a Clemente Lombardi. –Se acercó a la recepcionista y la chica, una mujer muy guapa, pero muy antipática, la miró de arriba abajo con cara de duda.

–¿Tiene reserva?

–No, pero...

–Si no tiene reserva, no la puedo dejar pasar, estamos a tope y...

–No vengo a cenar, vengo a hablar con Clemente.

–¿Tiene cita? –Lucía negó con la cabeza–. Lo siento, pero Clemente no está esta noche aquí.

–¿Está segura? En el otro restaurante me dijeron que estaría aquí durante el turno de cenas.

—Ni idea. Vaya allí, seguro que lo encuentra. O no, con Clemente nunca se sabe.

–Vaya por Dios. –Miró la neverita portátil donde llevaba la Bavaroise y se apartó de la entrada para pensar un poco.

–Carla...

Lucía escuchó su voz en medio del trasiego de clientes y levantó la vista para verle acercarse con unos papeles en la mano a la recepcionista. Iba vestido completamente de negro, con el pelo un poco revuelto y más bronceado de lo habitual. Se le contrajo el estómago y se le humedecieron los ojos de la emoción, pero reaccionó bien y se les acercó en silencio.

–Tienes que avisar de las anulaciones con tiempo, de nada sirve que llamen para anular si luego tú no le dices nada a Pepe –siguió diciéndole Clemente a la recepcionista.

–Hola... –Él levantó la cabeza y la miró dando un paso atrás–. ¿Tienes un minuto? Te he traído algo.

–¿Lucía?

–¿Tienes un minuto?

–Hola, claro, claro. –Se movió incómodo, pero respiró hondo dirigiéndose a la recepcionista–. Carla, llama a Pilar. Que ella se haga cargo de la recepción. Lucía, pasa, por favor.

–Gracias. –Miró a la dichosa Carla de reojo mientras ella la fulminaba con la mirada y lo siguió a la segunda planta hasta su despacho, donde la dejó pasar antes de cerrar la puerta con cuidado–. Solo será un momento, no te quitaré mucho tiempo.

–No pasa nada. ¿Qué tal estás?

–Sorprendida de no saber nada de ti, pero no importa. Te he traído una Bavaroise. –Dejó la neverita encima del escritorio y él se apoyó en la pared sin decir nada–. Es una ofrenda de paz. No sé exactamente qué ha pasado, pero sea lo que sea, quiero despedirme de ti en condiciones y como nos conocimos, con una Bavaroise de por medio.

–Lucía... –bufó bajando la cabeza.

–Cristina me ha dicho que me viste con Bradley y lo siento mucho, pero quiero que sepas...

–No quiero saber nada, ¿ok? Y gracias por el postre, me lo tomaré en casa. –Bordeó el escritorio y se desplomó en la butaca mirando el ordenador.

–No sé qué fue lo que viste, pero quiero que sepas que no nos hemos reconciliado, no he vuelto con él, aunque sí nos pasamos un fin de semana entero poniendo en orden lo que había quedado pendiente entre nosotros. Ahora estamos en paz, él ha vuelto a Nueva York y yo... –Al ver que ni la miraba a la cara, se estrujó la falda del vestido y giró hacia la puerta–. Yo mejor me voy. Adiós.

–¿Por qué no me dijiste que había venido y que estabas con él?

–Porque no te quería involucrar en mis problemas.

–Peor fue recibir tu mensaje dejándome plantado sin mencionarlo a él, aunque yo os había visto haciendo un numerito en plena calle.

–El numerito lo estaba haciendo Brad, yo solo intentaba no empeorar las cosas.

–¿Así funcionáis? ¿Él hace numeritos de película romántica y tú entras al

trapo para no empeorar las cosas?

–No volverá a pasar, ya hemos terminado para siempre.

–Enhorabuena.

Ella guardó silencio, comprendiendo que ya no había nada que hacer, y se fue hacia la puerta decidida a dejarlo en paz.

–No puedo competir con eso.

–¿Qué?

–No puedo competir con don perfecto. No puedo competir con el abogado neoyorkino, con tu primer y único amor, con el *quarterback* de la universidad. No puedo competir con doce años de relación y una fecha de boda. No puedo, ni quiero lidiar con el puto Tom Brady. *Sai?* [4]

–Pero ¿qué estás diciendo?

–Quiero decir que me gustas mucho, que eras muy importante para mí y que creí que estaba construyendo una relación grandiosa contigo. Pero eso no es suficiente para soportar que cualquier día aparezca ese tío, haga un numerito de los suyos y tú te vayas con él un fin de semana entero sin decirme nada.

–Está bien, lo siento mucho. Pero te juro por Dios que no te dije nada porque creí que lo mejor era mantenerte al margen, nunca para engañarte u ocultarte algo.

–Que es justamente lo que pareció.

–Lo siento.

–Vale, gracias por venir. Agradezco mucho que te hayas tomado la molestia de venir a explicármelo, pero tengo un montón de trabajo, mañana me voy a Milán y... en fin. *Addio*, Lucía.

–¿Ya está? –Buscó sus ojos, pero él siguió sin mirarla.

–Suerte.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras a la carrera.

No recordaba haberse disculpado así con nadie, ni siquiera con sus

padres, así que, completamente desconcertada y con un agujero enorme abriéndosele en el estómago, llegó a la calle y se quedó un momento quieta, sin saber adónde ir. Miró la hora y decidió volver a casa en seguida.

Clemente Lombardi había reaccionado de la peor forma posible, pero se lo tenía merecido, ella se lo había buscado. Lo único que le quedaba era irse a casa con dignidad, meterse en la cama, borrar su número de teléfono y empezar de cero.

Giró hacia el metro, se dio cuenta de que estaba llorando y sacó los pañuelos de papel del bolso. Entonces una mano firme la sujetó por el hombro, la detuvo, la hizo girar y la estrechó fuerte en un abrazo que desencadenó tantas cosas, tantas sensaciones, que se echó a llorar como una cría.

—Lo siento, no llores, por favor, *amore*, no llores. Siento haber reaccionado así, pero es que me dolió tanto verte con ese tío y que no confiaras en mí y me lo ocultaras...

—Yo lo siento más. —Se apartó para quitarse el pelo de la cara y suspiró—. Y no vuelvas a decir que tienes que competir con él porque...

—Es una forma de hablar. Ese yanqui es el peor rival que uno podría desear —bromeó, secándole las lágrimas con los pulgares, y ella lo miró a los ojos.

—¿Sabes qué consiguió que Bradley se fuera? ¿Qué consiguió que entendiera que lo nuestro se acabó ya para siempre?

—¿Qué?

—Me preguntó si estaba enamorada de ti y yo le dije la verdad, le dije que sí.

—Lucía...

—No tienes que decirme nada, no tenemos por qué sentir las mismas cosas, yo...

—Yo estoy enamorado de ti desde que te vi probar los polvos de la gelatina de fresa con los dedos.

—No digas eso.

—Es verdad. ¿No te habías dado cuenta?

–No.

–Pues a ver si prestas más atención, *signorina*.

La asió por el cuello y la besó.

[4] ¿Sabes?

Epílogo

Domingo 28 de abril de 2019

–¿No puede hacer nada, doctora?

–No, solo puedo recetarle unos antibióticos para atajar la infección.

–Me muero de dolor.

–Lo sé, pero no puedo hacer nada con el flemón que tiene. Dentro de una semana, sin infección, haremos una radiografía y veremos si es posible salvar ese premolar. Mientras tanto, siga con los analgésicos y tómese los antibióticos. En seguida se le pasará el dolor.

–Lástima que te hiciéramos venir en domingo, Lucía –habló la acompañante de su paciente, que era una vecina de toda la vida de sus padres, y ella movió la cabeza.

–No te preocupes, Carmen, para eso estamos.

–Fue un milagro que me encontrara con tu padre y me dijera que tenías una consulta nueva aquí al lado y que te podíamos llamar por una urgencia. Aunque si solo era para que le dieras una receta, me da apuro haberte sacado de casa.

–No pasa nada, no tenía nada que hacer y tenía que verlo antes de mandarle antibióticos. En siete días nos vemos otra vez y ya solucionaremos el problema.

–Gracias, cariño.

–A vosotros.

Les indicó la salida y se quedó en la consulta para meter en el ordenador los datos del nuevo paciente, el último novio de Carmen, que tenía un desastre bastante considerable en la dentadura.

Era increíble que la gente descuidara tanto la boca, pensó, teniendo tanta información y tantos medios a su alcance, pero no estaba allí para juzgar a nadie y se limitó a abrir una ficha que pensaba completar en su próxima visita. Si volvían, claro, porque mucha gente acudía al dentista solo cuando no soportaban más el dolor, pero una vez superado el sufrimiento con los antibióticos, se olvidaban inmediatamente del problema.

Se levantó y miró a su alrededor. Llevaban tres meses en la nueva clínica y les estaba yendo estupendamente.

Desde que se había graduado había trabajado para otros, sobre todo en Nueva York, y cuando había regresado a Madrid se había pasado muchos meses en el limbo, así que había aceptado el primer empleo que le ofrecieron por inercia. Sin embargo, pasados los meses empezó a valorar seriamente la opción más rentable y natural para un dentista: abrir su propia consulta.

La idea de independizarse era el paso más lógico y, empujada sobre todo por su familia, había buscado un socio, un local, pedido un crédito, los permisos, las licencias y todo lo necesario, y se había tirado a la piscina con una consulta pequeñita en su barrio, en La Arganzuela, al lado de la Puerta de Toledo y a un paso de su nueva casa, porque también se había mudado de piso antes de las navidades.

“A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante”, decía Oscar Wilde, y eso era exactamente lo que le había pasado a ella.

Un año antes era otra persona, una bastante más triste y solitaria. Un año antes tenía un trabajo anodino que cumplía por rutina. Un año antes seguía dolida por el desamor y el abandono. Un año antes Clemente Lombardi no había entrado en su vida y, por lo tanto, no había conocido aún lo que era la felicidad verdadera.

Sonrió, mirando el fondo de pantalla del ordenador, que era una foto de los dos frente al Coliseo romano la Nochevieja de 2018 y no pudo evitar estirar el dedo y acariciarle la cara, los ojos, esa sonrisa tan cálida y tan bonita que tenía. Era guapísimo, por dentro y por fuera, y seguía sin creerse que fuera verdad. Por las noches seguía mirándolo embobada mientras dormía y seguía dando gracias a Dios a diario por permitir que apareciera en su vida. Clemente era un verdadero milagro, lo mejor que le había pasado nunca, y lo quería con toda su alma.

Afortunadamente, el amor y la pasión eran mutuos. Se querían con locura, se deseaban cada día más, compartían tiempo libre, charlas, decisiones, aficiones, viajes, proyectos, vida y rutina, porque hacía ya seis meses que vivían juntos.

En septiembre, después de superar lo de Bradley, ser sinceros con sus sentimientos y sentar las bases de su relación, decidieron buscar una casa más grande para los dos. Vivían muy cerca, así que no hubo dudas sobre dónde querían vivir y encontraron un piso reformado y estupendo frente a la Puerta de Toledo, donde habían empezado a compartir existencia con naturalidad, sin fisuras, desencuentros ni tensiones, simplemente con mucho amor, y de repente se convirtieron en una pareja estable.

Sus padres y su abuela lo adoraban, sus hermanos también, en Roma a ella la habían recibido con los brazos abiertos y, salvo algún que otro disgusto por culpa del trabajo y el estrés que formaban parte de la vida de Clemente, estaban de maravilla, eran felices y con eso era más que suficiente.

Respiró hondo mirando la hora y pensó en ir a merendar a casa de sus padres. Clemente estaba en Italia por trabajo y, ya que la habían levantado de la siesta para atender una urgencia, pensaba aprovechar la tarde lo mejor posible. Incluso podría llamar a alguien para ir al cine, si había alguna película interesante en cartelera. Abrió el Google y se fue a la página de los Cines Ideal para mirar qué tenían y entonces vio parpadear el correo electrónico con una nueva entrada, lo pinchó y leyó moviendo la cabeza: Invitación a la boda Newman-Silver.

Bradley se casaba en octubre con una amiga de toda la vida, su primera novia del colegio. Ya se lo había contado hacía un mes por email y estaba muy

contenta por él, pero no entendía para qué la invitaba a la boda. Hizo amago de contestar de inmediato con una negativa y entonces sintió un escalofrío por toda la columna vertebral, se puso tensa y se giró de un salto hacia la puerta.

–Feliz aniversario, *signorina*.

–Mi vida, me has asustado. –Saltó y se le agarró al cuello para comérselo a besos–. ¿Qué haces aquí? No te esperaba hasta el martes –No iba a perderme nuestro aniversario.

–¿Aniversario?

–Hoy, hace justo un año, te vi comiendo polvos de gelatina en el taller de cocina de Casa Regina.

–Madre mía, es verdad. –Lo besó otra vez y lo abrazó muy fuerte–. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

–Me lo dijo mi querido *suocero*[\[5\]](#) cuando fui a buscarte a su casa. Sabía que comías con ellos y me contó lo de tu urgencia. ¿Qué tal ha ido?

—Nada grave. Qué bueno que has vuelto antes, te echaba tanto de menos, mi amor. ¿Qué quieres hacer?

–¿Qué me ofreces? Tengo una Bavaroise. –Le enseñó la neverita con el postre y ella se echó a reír.

–No sé, pues... –Miró el sillón de la consulta de reajo y lo agarró de la mano poniéndose la mascarilla–. Podríamos cumplir una de tus fantasías sexuales recurrentes e inaugurar mi sillón nuevo.

–¿En serio?

–Completamente en serio, ven aquí.

Claudia Velasco
Madrid. Marzo 2019

[5] Suegro.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para
subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*